

Peronismo y menemismo, las manos libres *

Availability that's what it all comes down to
(Sony a Calogero, del film *A Bronx Tale*,
Robert de Niro, Estados Unidos, 1993)¹

I.

En 1995, año del centenario del nacimiento del general Juan Domingo Perón, se cumplen cincuenta años del 17 de octubre, movilización que dio origen al peronismo y, asimismo, se ha producido la reelección como presidente de la Argentina del heredero más polémico del General, Carlos S. Menem.

A la discusión sobre la caracterización del peronismo ha venido a sumarse no sólo la de los caracteres del menemismo, sino además la de la continuidad entre éste y aquél.

La discusión sobre el carácter peronista del menemismo parece centrada en cotejar las políticas públicas y el discurso político de ambos. El rol del Estado, la política exterior, la relación con los sindicatos y, por otra parte, el sitio de los trabajadores o el de la Nación en el discurso, así como la relevancia de los rituales públicos (actos de masas)², concentran la atención de esa comparación.

* Agradezco la colaboración que Javier Artigues, Carlos A. Brocato, Paul McNally, Guillermo Ortiz, Angeles Ramírez, Robert Schulte y mis padres me han prestado para este artículo.

¹ «Al fin y al cabo, todo proviene de la disponibilidad». En boca del personaje

Sonny, jefe de la mafia, que enseña los rudimentos de su oficio a Calogero, un niño del barrio, «disponibilidad» alude a poseer una sensibilidad afinada para ver venir los acontecimientos, a tener aptitudes para la previsión, a la vez que a una presencia física constante y visible del

Jefe ante sus potenciales favorecidos, y a contar con los recursos necesarios (humanos y materiales) para llevar a cabo su acción con el mayor poder y la máxima eficacia.

² El cambio de los rituales políticos no es completa desde el último gobierno

peronista al de Menem. Ya en 1973, el más grande acto de masas del peronismo (y de la Argentina), el retorno de Perón al país luego de su exilio de 18 años, se frustra al desatarse una batalla campal entre Montoneros y el sindicalismo. En 1974, Perón debió

La primera cuestión es si resulta pertinente identificar un movimiento político con la sociedad que en un momento histórico organizó. ¿Podría, por ejemplo, identificarse la socialdemocracia europea con el Estado de Bienestar? Tal modelo hace a su identidad, pero no podría agotarla.

Del mismo modo ocurre con el peronismo clásico, el de la primera y segunda presidencia de Perón (1946-1955), que dio origen a un tipo de sociedad particular. Ésta se encuentra hoy en declive. El cambio del modelo de acumulación y el pleno funcionamiento de un régimen político democrático marcan la diferencia entre una época y otra. El peronismo gobierna desde 1989 y su política, sobremanera la económica, ha contribuido todo lo que desde el poder político es posible a dismantelar aquel tipo de sociedad inaugurada por el general Perón. Este elemento de ruptura es el que más suele enarbolarse para afirmar el carácter no peronista del menemismo.

Pero ¿por qué el peronismo habría de identificarse más con la sociedad a la que dio origen que con su trayectoria posterior, que contiene por otra parte lo más llamativo de este movimiento: su capacidad para adaptarse a los tiempos, de colocarse en la cresta de la ola como si siempre hubiera estado allí? Basta recordar que en los años setenta, época de auge del antiimperialismo tercermundista, el peronismo se presentó como encarnación de una revolución de liberación nacional, así como en los noventa, época de auge del neoliberalismo, aparece como adalid de la economía de mercado.

La perspectiva que identifica al peronismo con su época clásica (1945-1955) no discrimina entre identidad como formación/partido e identidad como proceso histórico/régimen, de lo cual se deriva que: 1) la identidad como partido es extrapolada/deducida de la identidad como proceso histórico o régimen; 2) la identidad como proceso histórico o régimen queda reducida a lo económico-social, excluyendo los rasgos políticos que hacen también a esta identidad, cualquiera sea el modo en que se piense el grado de influencia de éstos.

En el caso específico del peronismo clásico, además, esta reducción otorga de rebote una homogeneidad al período 1945-1955 del que, por cierto, careció. En general, esa época posee caracteres precisos que pueden ser identificados con un peronismo tradicional, pero también es verdad que pueden verificarse en ella dos etapas: la que va de 1945 a 1949, marcada por el redistribucionismo, y la de 1950 a 1955, distinguida por una orientación no diferente de cualquier política clásica de ajuste en época de contracción económica. Y esto no es poco, pues interesa ver que cuando el peronismo dejó de encontrarse en circunstancias favorables a políticas redistributivas, operó como cualquier gobierno conservador tradicional, lo cual lo acerca al menemismo actual. Pero no sólo han variado

comparecer en un acto tras un vidrio antibalas. En ese mismo año, el retiro de los Montoneros de la Plaza de Mayo desdibujó el efecto de homogeneidad y encuadramiento de las masas congregadas, central en el ceremonial peronista. Tras la muerte de Perón, los actos presididos por su esposa, a la sazón presidente, carecieron de la imponentia de las concentraciones clásicas. Todos estos elementos quitaron a los actos del tercer gobierno peronista el carácter festivo y a la vez disciplinado que los caracterizaba. Por su parte, el propio Menem disfrutó de una concentración de masas en la plaza de Mayo a comienzos de su gestión.

las políticas públicas y el discurso que buscaba legitimarlas, sino también las coaliciones sociales que dieron apoyo a los gobiernos peronistas y el carácter de clase de éstos.

Los elementos reconocidos como señas de identidad de un movimiento político (en cuanto formación o en tanto régimen) parecen haber cambiado en el peronismo a tal punto que haría imposible sostener una continuidad histórica de este movimiento, más allá de su pervivencia en el imaginario de sus adherentes.

Sin embargo, es posible sostener que algunos elementos no han variado en el hacer político peronista. Se puede afirmar así que hay continuidad en el nivel de la cultura política, el cual es necesario distinguir del de la ideología³. La cultura política es el conjunto de actitudes, valores y normas que en una formación o movimiento se verifican a la hora de hacer y concebir la política. Es el significado que la política tiene para ese movimiento⁴. Por su parte, la ideología, tomada en su sentido débil de cosmovisión, está hecha de unos fines deseables en cuanto a la sociedad y de unos medios de acción políticos, de un programa y de una estrategia, así como de un modo de interpretar el pasado, el presente y el futuro⁵.

Podría objetarse a esta distinción que la forma de concebir y ejercer la política forma parte de la ideología. La frontera entre ambas es lábil, pero hay formas de concebir y ejercer la política comunes a diversas ideologías. Es en este sentido que interesa formular tal distinción. La concepción de la política como guerra, y su consecuente noción del adversario como enemigo, puede hallarse, por ejemplo, tanto en movimientos de izquierda como el maoísmo cuanto en movimientos de derecha como el fascismo italiano. Las diferencias ideológicas no implican simétricas divergencias en cuanto a cultura política. La política puede significar lo mismo para ideologías diversas. Precisamente porque el totalitarismo, autoritarismo o democratismo no definen *per se* una ideología, pero sí forman parte de ella, es que pueden hacer converger a formaciones diferentes en el modo de pensar y practicar la política. También puede verse este problema desde lo que la filosofía política denomina paradigmas de la obligación política. La concepción de lo político (los paradigmas definidos como Estado justo, Estado legítimo y realismo político) no necesariamente coinciden con ideologías determinadas⁶.

Esta convivencia de significados comunes sobre la política con concepciones diversas en lo ideológico podría incluso ser el caso del propio peronismo, que a lo largo de su existencia ha variado sus rasgos al punto de poder ser desdoblado en varios peronismos. Esos rasgos cambian, han cambiado a lo largo del tiempo, pero sin embargo es posible que haya subsistido un modo de ponerlos en práctica, de relacionarlos con el Estado y

³ Esta distinción se inspira en otras, como la formulada por Silvia Sigal y Eliseo Verón entre ideología y dimensión ideológica (V. Perón o muerte, *Hispamérica*, Buenos Aires, 1988; pp. 18-23) o la de Ernesto Laclau entre forma y contenido de una ideología (V. «Hacia una teoría del populismo», en *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, populismo, fascismo*, Siglo XXI, Madrid, 1978).

⁴ Sani, Giacomo: «Cultura política», en *Diccionario de Política*, dirigido por Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, Siglo XXI, México, 1984; pp. 469-472.

⁵ Stoppino, Mario: «Ideología», en *Diccionario de Política*, ed. cit., pp. 785-802.

⁶ Véase Rubio Carracedo, José: *Paradigmas de la política*, *Anthropos*, Barcelona, 1990; cap. 2, pp. 39-65.

la sociedad civil, una manera de ligarse en tanto grupo político a la sociedad y al Estado; esto es, una forma de hacer política y de concebir el lugar y el modo de utilización de aquellos elementos.

Después de todo, la pregunta por el carácter peronista del peronismo (otra vez, como régimen y como formación), aunque en sí misma parezca absurda, ha sido consustancial al movimiento. Tuvo lugar hacia el final de la primera presidencia de Perón, dado el giro hacia la ortodoxia económica; durante la segunda presidencia, con el debilitamiento del costado sindicalista por la desaparición de la figura de Eva Perón; en los años de exilio del propio Perón (1955-1973) entre las fracciones que propugnaban un «peronismo sin Perón» y las que se mantenían fieles al retorno del líder; durante el tercer gobierno, entre Montoneros y el sindicalismo ortodoxo; y hacia mediados de los ochenta, dada la aparición del movimiento renovador, que propugnaba una democratización interna. El fondo de tales diferencias era siempre cuál de las posiciones en debate era la verdaderamente peronista: no se limitaba a una discusión sobre la política a seguir (pública o partidaria), sino que cualquier preferencia siempre podía implicar el estar fuera o dentro del movimiento. Hoy, los que afirman y los que niegan lo peronista del menemismo se sitúan en un mismo nivel de análisis: ambos suponen la centralidad de una supuesta ideología peronista como identidad del movimiento.

Afirmar que existe una pervivencia de actitudes, valores y normas respecto de la política, del modo de concebirla y de ejercerla, no significa reducir la identidad de un movimiento a una única instancia, sino ver en qué estratos de los cuales ésta se compone se observa más continuidad. No se intenta afirmar que el menemismo es, sin más, peronismo por el hecho de encontrar continuidades en un plano (el de la cultura política), pues esto, en cierto nivel de análisis (en tanto proceso histórico o régimen, como se verá más adelante) equivaldría a cometer la misma reducción (ahora no economicista sino politicista) antes criticada. Sin embargo, puesto que una identidad política se conforma con diversos elementos interrelacionados, resulta interesante ver cómo algunos perviven aunque otros, y el contexto histórico que le dio vida al conjunto, hayan cambiado.

La convivencia de una cultura política con una práctica política y un contexto histórico diferentes de los que le dieron origen remite a dos posibilidades de análisis: o la cultura política es vista como una rémora condenada a la irrelevancia, lo cual equivale a afirmar que no constituye un elemento pertinente de la identidad de un movimiento político, por ser un mero derivado de lo único realmente importante, las políticas sociales y económicas; o representa un nivel más o menos autónomo, con peso específico y dotado de una lógica propia, aunque no desvinculada de lo económico-social, y

que, aun desfasada, puede enlazarse a éste para construir la legitimidad política. Esa capacidad de seguir alimentando la legitimidad y el reconocimiento de la identidad de un movimiento por la sociedad civil, incluso de políticas o programas distintos de los que le dieron origen, es lo que resulta interesante del tratamiento de estos dos niveles. Esto permite afirmar entonces que un movimiento político no se agota en esas políticas públicas, sino que es eso y algo más.

II

Pudiendo aceptar, a efectos expositivos, que el menemismo se diferencia del peronismo clásico en cuanto al tipo de políticas públicas, queda por ver si tal semejanza se reproduce a la hora de evaluar el modo de hacer y de concebir la política en cuanto tal. Algunos rasgos que definieron la práctica política del peronismo clásico reaparecen en el menemismo.

Uno de ellos es la ruptura de la continuidad del tiempo histórico-político debido a la aparición en la escena pública del líder. La división entre un antes y un después de la irrupción del peronismo es posible gracias a que el momento histórico en el cual aparece es siempre mostrado y entendido como una hora grave, de crisis profunda, la cual incluso amenaza la integridad de la Nación⁷. Para el menemismo, el núcleo de esa instancia crítica no será otro que la hiperinflación desatada en el último tramo del gobierno radical⁸. Para denotar tal hecho, Menem acuñará una frase que repetirá una y otra vez: «Me tiraron un país en llamas». No dudará en calificar aquella situación hiperinflacionaria, con su secuela de saqueos de comercios por la población, de sensación de «guerra civil y social inminente»⁹. Así, la primera tarea, impuesta por la fuerza de las circunstancias, fue «rescatar a nuestra Nación del abismo tétrico en que la encontramos»¹⁰. El efecto de esta presentación del caos como contexto de aparición es la neutralización ideológica de las políticas escogidas para sortear la situación. La gravedad de las circunstancias impone *per se* las soluciones. No hay elección: lo posible coincide con lo necesario. Lo que pasa a primer plano no es el tipo de solución elegida, sino el acto de haber hecho «lo que se debía hacer». La capacidad de responder a la gravedad de la situación pone de costado la calidad ideológica de la respuesta. La política, en tanto actividad de elección de caminos posibles, vuelve a aparecer —tal como en el peronismo clásico— como lujo, como discusión vacía, diletante, dilatoria de la toma de decisión, pues el contenido de ésta, dada la gravedad de la hora, no puede sino ser uno. El contenido de la decisión es autoevidente, por tanto la política es redundante. Si la

⁷ Este rasgo ha sido definido por Silvia Sigal y Eliseo Verón, *Op. cit.*, pp. 27-58.

⁸ La hiperinflación estalló en febrero de 1989 y produjo una crisis de gobernabilidad que forzó la renuncia del presidente Alfonsín y la asunción anticipada (julio en lugar de diciembre) de Menem, quien había ganado las elecciones en mayo.

⁹ En Baizan, Mario: Desde el Poder. Carlos Menem responde, *Corregidor, Buenos Aires, 1994*; p. 31.

¹⁰ Menem, Carlos: «A modo de presentación», en Baizan, Mario, *Op. cit.*; p. 10.

gravedad de la hora es directamente proporcional a la necesidad de dejar a un lado la política (entendida en los términos antedichos), entonces la política es posible sólo en tiempos de estabilidad y armonía; la política no sirve para solucionar conflictos, sino para administrar la bonanza. Política y conflictividad se excluyen.

El menemismo se presenta como pura inauguración, como actor cuyo ingreso en la escena política constituye el renacimiento de la Nación, dejando la historia precedente vacía. Ese vacío alcanza incluso a la distinción de régimen político: el menemismo no tiende a inscribirse en la continuidad de la democracia reabierto en la Argentina en diciembre de 1983. Cuando refiere a la historia reciente, el discurso menemista engloba más bien dictaduras y democracia. La línea de fractura será 1989, lo cual indica que la distinción democracia-dictadura es subsumida en la distinción caos/decadencia.

Esta concepción de la decisión como lo autoevidente y la política como debate que se recrea en sí mismo, se liga a la conversión de la palabra del opositor en opinión interesada. Esa opinión interesada, que no es dicha en nombre del bien de la Nación sino en función de oscuros intereses de círculo, no puede provenir sino de un ámbito: el de la política¹¹, o el de los que se escudan en otras áreas de la vida pública para en verdad hacer política (por ejemplo, los periodistas)¹².

Menem suele replicar cualquier crítica de sus opositores afirmando que «nadie que no sea honesto» puede no ver lo que él mismo está viendo, es decir, no puede no sostener la posición que el presidente sostiene. El paso siguiente consiste en vincular a quienes disienten con la crisis que postró al país durante años, hasta la llegada del actual equipo de gobierno. Son los políticos o los sindicalistas¹³ o los periodistas o los malos empresarios, pues los simples ciudadanos, el pueblo, sabe que el presidente lleva razón.

¹¹ Este rasgo aparece en el peronismo clásico como otro elemento de lo que Sigal y Verón han denominado vaciamiento del campo político, en Op. cit., pp. 79-86.

¹² El periodismo crítico ha sido blanco predilecto de la palabra presidencial. Menem ha calificado reiteradamente de «delincuentes periodísticos» a quienes realizaron investigaciones sobre corrupción en su gobierno. Un

periodista del principal periódico opositor fue golpeado por bandas a sueldo de un alto dirigente peronista en 1993. Días antes de su última victoria, Menem sugirió a una periodista de la CNN no emitir una entrevista que le había concedido, molesto por las preguntas que se le habían formulado. La noche que obtuvo su reelección, el presidente calificó su victoria como un triunfo contra los medios y solicitó

que éstos le pidieran públicas disculpas por haber informado sobre encuestas que no reflejaban el porcentaje de votos que finalmente obtuvo.

¹³ La inclusión del sindicalismo (peronista) en el colectivo de los críticos interesados es un rasgo relativamente novedoso en el discurso peronista-menemista. Sólo relativamente, pues uno de los primeros rasgos del discurso del peronismo

clásico fue la estigmatización del sindicalismo «que contaminaba de política los sindicatos», en alusión a los grupos de tendencia socialista o comunista, de importante presencia en los años 40. Lo novedoso resulta que ahora estos sindicalistas opositores son peronistas. Esto podría aclarar que para el menemismo el ser opositor es más importante que el ser peronista; o bien que el ser oposi-

El efecto de asfixia de toda posibilidad de debate sobre las políticas públicas se hace presente. El cuadro se cierra: el contenido de la decisión es autoevidente, lo cual hace superfluo el debate político; por tanto, sólo los que tienen aviesos intereses de círculo pueden sostener que la decisión tomada no favorece el bien común. No hay simetría entre el discurso menemista y el de los adversarios: éstos hablan desde el interés de círculo y aquél en nombre del bien nacional.

Un problema específico que debió afrontar el menemismo fue el de justificar, en términos de su identidad peronista, la política neoconservadora aplicada en su gestión. Como se ha señalado, nunca un gobierno peronista salió de una crisis sin aplicar recetas ortodoxas, pero ahora era la primera ocasión en la cual esto se hacía no como respuesta defensiva a una crisis, como viraje posterior a un fracaso, sino como iniciativa propia, a la manera de un conservadorismo.

Esta situación hizo que el clásico tic de despolitizar la decisión política tuviera especiales dificultades para desplegar, dada la visible ortodoxia ideológica del programa adoptado¹⁴. Pero esta necesidad no hizo más que reforzar, por una parte, la identificación presente en el peronismo clásico entre verdad y realidad, según la cual toda realidad es uniforme, no susceptible de interpretaciones y por tanto puede erigirse en «única verdad». De aquí que se imputara a la gravedad (característica principal de esa realidad con la que se encontró el menemismo) de la situación el tipo de receta elegida para resolverla, y no a una decisión político-ideológica particular.

Por otra parte, fortaleció asimismo el recurso a la palabra de Perón como fuente de legitimación de la práctica política adoptada. Este medio, utilizado hasta la exasperación en los años 60 y 70, reaparece ahora en boca del propio Menem, cuando afirma que su política es «peronismo de alta escuela», «lo que el propio Perón hubiera hecho», y que aquellos que lo critican «son los que se quedaron en el '45». Menem revitaliza la exégesis de Perón y se presenta como único discípulo avanzado. Esto re-sitúa al menemismo en la tradición peronista, pues una ruptura en este campo sería considerar no pertinente la palabra de Perón como guía, no ya de unos principios generales, sino de las políticas específicas de cada coyuntura histórica, por definición impredecible hace veinte años.

El giro en las políticas públicas ha traído la resignificación de la figura de la Nación. Si en el peronismo clásico la Nación coincidía con el nacionalismo económico, que a su vez significaba la integración de los trabajadores a la vida pública y así la consecución de la armonía social, en el menemismo, la Nación ya no coincidirá con el nacionalismo económico, sino con el más abstracto interés nacional, sin más. La Nación como figura ha sido vaciada de sus contenidos fuertes y ha quedado como el puro

tor niega el carácter de peronista, como ya ocurriera con la llamada «izquierda» peronista en los años setenta.

¹⁴ *Esta ortodoxia resaltó especialmente en la Argentina debido a la prédica, desde hace ya más de cuarenta años, del liberalismo económico por parte del dirigente Alvaro Alsogaray, cabeza visible del antiperonismo de derechas. Con el menemismo en el gobierno, Alsogaray no sólo encontró que su discurso era asumido sin más por sus antiguos adversarios, sino que fue nombrado asesor presidencial.*

objeto de la política peronista. Es que el recurso a la interpretación de la palabra de Perón permite identificar ahora el peronismo con otros contenidos, y así con la más general capacidad de detectar lo que la Nación necesita en cada coyuntura histórica. Ser peronista es detectar lo que la hora grave reclama para que la salud de la Nación permanezca intacta o se revitalice. El cambio de contenidos en favor de lo que la Nación necesita, es una prueba y a la vez una acentuación (porque ahora se ha despojado de cualquier contenido fijo) de la histórica identificación del peronismo con la Nación, con el interés nacional, única en tanto el resto de los políticos anteponen sus prejuicios ideológicos a ese interés superior. Por esto, los peronistas críticos del menemismo son tratados por éste como no-peronistas, pues son los que creen que el peronismo es una ideología (la del 45), cuando en verdad es un simple pero profundo amor por la Nación.

Mediante esta resignificación, la Nación mantiene su lugar central en el discurso menemista-peronista, continúa siendo el elemento opuesto a la política y a las divisiones artificiales (cuando no oscuras en función de sus intereses particularistas) que provocan las ideologías. La Nación apolítica, despolitizada, sigue siendo el objeto de la «política» peronista-menemista.

Tal vez el rasgo más característico de Menem en cuanto líder o personaje público sea lo que se ha llamado su excentricidad. La conducta pública de Menem como presidente se distingue por no diferenciarse en demasía de la vida de una estrella de televisión o del deporte. Y esto no porque los medios muestren su intimidad, sino porque él mismo se encarga de que su vida privada no goce sino de algunas reservas. Se trata de un presidente que no tiene inconveniente alguno en que se lo vea ocupando su tiempo en aprender a jugar al golf con un profesor privado en la residencia presidencial, en recibir a estrellas deportivas o artísticas. Raro es que su figura se muestre involucrada en asuntos de Estado, aun cuando intente tornar verosímil que el plan económico en el cual basa su éxito político le pertenece.

A diferencia del Perón de 1945 a 1955, Menem no puede negar su condición de político profesional, ya que ha hecho toda la carrera dentro del partido justicialista. Aun así, y esto lo sitúa en los modos de hacer política del peronismo tradicional, intenta mitigar esa pertenencia al mundo de la política profesional. Lo hace por medio de dos vías: su procedencia del interior humilde (elemento de mayor peso durante la fase de acceso al poder —1988-89—, como oposición a la vida frívola de la gran ciudad Buenos Aires y como abanderado del país real) y su modo «original» de ejercer el cargo de presidente, o sea, su no respeto de los protocolos.

La contradicción entre la ortodoxia de sus políticas y la informalidad de su figura pública es sólo aparente, pues no hace más que restablecer la dualidad entre plebeyismo (como signo de una modernización que rompe

con lo existente) y tradicionalismo, clásica del peronismo¹⁵. El plebeyismo no es una ruptura con lo dado, con los modos y los protocolos establecidos (incluido el de la figura del presidente), sino una reafirmación, por vía indirecta, de éstos. En efecto, el plebeyismo no cuestiona las conductas ni los valores establecidos, sino que se limita a degustarlos desde fuera, lo cual confirma su atracción y legitima su jerarquía. La conducta pública de Menem rompe con la idea de que un presidente no puede hacer ciertas cosas, pero confirma el imperio de los valores y las conductas de las clases hegemónicas al intentar alcanzar ese mundo desde el exterior.

Del mismo modo que el Perón del 45, Menem modifica el estilo de hacer política a través de cambios en el lenguaje¹⁶, entendido éste en sentido amplio. La contricción republicana, basada en la escisión entre el ciudadano privado que ocupa la presidencia y el rol de presidente, queda borrada. La palabra del presidente Menem y la del ciudadano Menem son indistinguibles. Su opinión sobre un evento deportivo tiene el mismo rango que sus juicios sobre la marcha del país. La apelación simultánea, por ejemplo, al «Honorable Congreso de la Nación» y a «los hermanos y hermanas de mi pueblo», repetida sistemáticamente en sus discursos, ejemplifica esta superposición entre rol institucional y rol privado. Es la adición del vínculo personal al vínculo institucional propio de la política.

A través del plebeyismo, la figura de Menem produce un efecto de acercamiento del poder a las clases populares, de que quien ocupa el poder político es «uno de los nuestros», en el sentido de que participa de todos los sueños imaginarios atribuidos a las clases populares (aprovechar la ocasión para tomar contacto con las estrellas populares o para disfrutar de los privilegios del poder; en este caso, la ocasión es la de ser presidente). «Él haría lo que haría cualquiera en su lugar», pareciera ser el pie de foto de cualquier escena menemista. Con los medios de la época, Menem recrea el vínculo público de Perón con los ídolos deportivos de su momento, sus paseos en motoneta con las chicas de la UES (Unión de Estudiantes Secundarios, organización de la órbita peronista) o su frecuente aparición en espectáculos deportivos. El mitin de masas es reemplazado por la aparición en los medios como modo de renovar el vínculo y la identificación líder-masa. La imagen sustituye a la palabra como generadora de un efecto de transparencia en la relación líder-realidad.

Se trata de una «desmitificación» mitificante del poder, pues si bien éste es mostrado como lugar al cual se puede acceder sin renunciar a los propios modos, por eso mismo aparece como sitio para venerar a distancia, por medio de una suerte de proyección-identificación con el líder. El acceder al poder y no cambiar por eso los modos de conducta aparece como una característica personal del líder, precisamente como una excentricidad,

¹⁵ Ver la tensión entre tradicionalismo y modernización en el peronismo clásico, por ejemplo para las mujeres, en Plotkin, Mariano: *Mañana es San Perón*, Ariel, Buenos Aires, 1994; cap. 8.

¹⁶ De Ipola, Emilio: «Populismo e Ideología I», en *Ideología y discurso populista*, Folios, México, 1987; p. 122 y ss.

y por tanto no como un elemento instituido, objetivo. Es más una derivación del privilegio del exitoso que una posibilidad propia de la institución.

La vida pública del líder es también un modo de otorgarle presencia visible y cotidiana al poder, que ya no se circunscribe a la función institucional sino que se erige en modelo de conducta general para cada sujeto. «Soy igual a ustedes pero diferente de ustedes»¹⁷, repite el eco peronista del menemismo. Este juego de simultáneo acercamiento y distanciamiento del líder respecto del pueblo, se verificó incluso en circunstancias menos festivas que la participación del presidente en eventos deportivos. En efecto, ante las primeras confesiones de militares acerca de la autoría de actos criminales durante la represión antsubversiva, la inmediata reacción de Menem fue estigmatizar a los arrepentidos. Cuando esta táctica no fructificó, eligió el método del acercamiento-distanciamiento: en declaraciones públicas, confirmó que él mismo había visto esos actos durante su reclusión en un buque militar, y que eso le daba autoridad moral no sólo para opinar sobre el tema, sino también para dictar los indultos a los jefes militares encarcelados. La operación estaba hecha: el líder ha sufrido en carne propia la cárcel, lo cual le da autoridad para sustituir el dolor del pueblo y por eso mismo perdonar a los verdugos en nombre de éste. Por otra parte, la asunción de este rol pacificador le permite colocarse por encima de las banderías y así reforzar la partición de la historia que en términos de inauguración ya se ha comentado: antes, la lucha, la desunión, el caos y hasta una latente guerra civil; desde el menemismo, la paz, la armonía, la unidad, el fin de los conflictos entre argentinos, devenidos ahora «hermanos y hermanas».

III

Las condiciones sociales, históricas y políticas en las cuales se inscribe el menemismo, no sólo son diferentes, sino incluso opuestas a las que conoció el peronismo clásico y el de los años 70.

Si a mediados de los 40 la exclusión social y política de los trabajadores permitió al peronismo, tal como señala Laclau, apropiarse de lo democrático y articularlo con lo populista¹⁸, el menemismo se inserta en una etapa democrática ya inaugurada, que reconoce la ciudadanía social de los trabajadores, más allá de las crisis que la cuestionen. El menemismo no podrá entonces presentarse como simultánea inauguración de la justicia social y de la democracia.

Pero lo central es que el régimen de acumulación tampoco es el de los años 40 y 70. Con él varía el rol del Estado y así el discurso sobre el

¹⁷ De Ipola, Emilio: «Desde estos mismos balcones...» Nota sobre el discurso de Perón del 17 de octubre de 1945», en Op. cit., p.182. A esto podría agregarse el que durante la campaña electoral, Menem dirigía sus discursos no sólo a los ciudadanos, sino también a los «queridos niños de mi Patria», signo de una concepción omniabarcadora de la política, a la manera de una religión.

¹⁸ En Op. cit., p.221 y ss.

nacionalismo económico. Si para el peronismo de los 40-50 la fortificación del Estado significaba la inclusión de los trabajadores, la armonía social y la grandeza nacional, el menemismo se identificará con un Estado débil, incapaz de incluir a todos los sectores sociales y, más aún, expulsor de contingentes enteros de la población. Esta política es, además, auspiciada por el menemismo.

El peronismo clásico creaba una política que hacía posible su discurso (Estado fuerte-líder-Nación); el menemismo más bien se encuentra con el cuadro opuesto: su política debilita la verosimilitud de su discurso. El peronismo clásico denunciaba el Estado mínimo como causa del apogeo de la política y de la desatención de la cuestión social, con el consiguiente peligro de una desviación ideológico-política de las masas. Para el menemismo, la presencia del Estado en la escena social-económica es la causa del ahogo del mercado, de las fuerzas sociales y, al fin, del peligro de guerra civil, manifestado en la hiperinflación.

Si en el peronismo clásico políticas públicas y cultura política sintonizaban, en el menemismo más bien tienden a entrar en cortocircuito. No obstante, el menemismo persevera en su cultura política, no renuncia a ella con la facilidad con la que ha abandonado las políticas del primer peronismo.

Esta perseverancia se ve en el modo en que el menemismo intenta reconstruir el momento histórico de su aparición (1989) en la vida estatal, a semejanza de los que marcaron la aparición del peronismo tradicional. El elemento más característico es el intento de resignificar la crisis hiperinflacionaria como signo de amenaza contra la democracia y de crisis social. Se diría que el menemismo necesita recrear un teatro de operaciones similar al que el peronismo construyó entre 1945 y 1946 y entre 1972 y 1973. Tal escenario estaría marcado por los elementos que hemos descrito como continuidad en el nivel de la cultura política entre menemismo y peronismo clásico. Serían, entonces: el presentar la hora de entrada en la vida política como momento grave, de crisis terminal, lo cual lleva a la primacía de la realidad respecto del carácter ideológico de la respuesta política; mostrar la decisión política como la única posible en cuanto a contenidos, dado que es impuesta por las circunstancias, pero a la vez como decisión propia en cuanto a la forma (rapidez y firmeza en la resolución); denunciar la opinión adversaria como opinión interesada, contraria al bien común, y así identificar el peronismo con el interés nacional sin más, buscando antes doblegar la voluntad del otro que realizar la propia, reducida al mero predominio; reforzar la jerarquía existente entre líder político y pueblo a través de un imaginario acercamiento personal del líder respecto de sus ciudadanos, construyendo la pasividad de la masa por identificación con el conductor. A estos rasgos ya presentes en el peronismo clásico,

¹⁹ La Ley de Lemas permite que un partido político presente más de un candidato. Gana la elección el partido más votado (sumados los votos de todos sus candidatos) y obtiene el cargo el candidato más votado entre sus postulantes. Para la Argentina, donde los partidos hacen elecciones internas de candidatos entre sus afiliados, este método implica un debilitamiento de la estructura partidaria. A la vez, favorece al peronismo, caracterizado históricamente por tener fracciones internas que cubren un amplio espectro del campo ideológico y por su falta de tradición democrática interna (las primeras elecciones se hicieron en 1989 y triunfó Menem).

²⁰ El concepto de política en el peronismo puede encontrarse en los trabajos del general Juan D. Perón *Conducción política*, Secretaría Política de la Presidencia de la Nación, Buenos Aires, 1974; y *Política y estrategia*, s.e., Buenos Aires, 1951. Este último aparece firmado como Descartes, pseudónimo utilizado por Perón; el libro recopila los artículos publicados semanalmente en el diario *Democracia de Buenos Aires* durante 1951.

el menemismo ha agregado otros medios que refuerzan viejos tópicos. El caso paradigmático es el mellar la legitimidad de los políticos profesionales y las estructuras partidarias a través de nuevas formas, propias de los años 90, con el fomento de la presencia de no-políticos como candidatos y la introducción de la Ley de Lemas en las elecciones de algunas provincias¹⁹. Asimismo, si bien los caracteres antidemocráticos del primer peronismo están lejos de ser repetidos por el menemismo, la característica de concentrar toda la fuerza en el ejecutivo, se muestra en la tendencia a gobernar por decreto, en manipular la composición de la Corte Suprema para volcarla a su favor y en mantener el carácter presidencialista del régimen político, pese a la reforma de la Constitución. Se mantiene la tensión entre reglas de juego (del régimen político) y reglas de estrategia (del gobierno).

Para el menemismo, puede dejar de ser importante el Estado empresario, pero no deja de ser impertinente la discusión política. Puede no ser ya relevante el contar con un monolítico sindicalismo de Estado, pero no deja de ser central la identificación del líder como «uno más» entre los hombres del pueblo. E incluso más: el peronismo puede legitimar su política en nombre de una integración de los trabajadores a la vida pública (como en el 45), de una necesaria liberación nacional (como en el 73), o de una liberación de las fuerzas del mercado (como en los 90), pero siempre denunciará al adversario como un opinante que defiende intereses de círculo, opuestos al bien común. No sólo se muestra más proclive a desprenderse de ciertos elementos (políticas públicas) que de otros (modo de hacer política), sino que estos últimos constituyen una suerte de lugares fijos vacíos: no importa quién sea el enemigo, pero debe haber uno.

La cultura política del peronismo, definida como un modo de concebir y practicar la política, muestra su fortaleza en su capacidad de sobrevivir a las condiciones sociales, políticas e históricas que le dieron origen. La variación de condiciones social-históricas y de políticas públicas implementadas son absorbidas y resignificadas por una cultura política que recrea algunos elementos permanentes. Los límites de época y de circunstancias políticas no son más que escollos que no alcanzan a modificar esa cultura política, sino más bien se transforman en la medida de su capacidad para superarlos.

IV

El peronismo reduce la política al fenómeno de conducción²⁰. La conducción es la facultad del líder de comprender (intuitivamente) la situación en la que se encuentra y tomar la decisión (inmediata) que la resuelva. Estar en una situación de poder es una condición y a la vez una

construcción de la conducción. La conducción exitosa construye su propio poder y éste le posibilita tomar nuevas decisiones.

Para esto, en la figura del conductor debe confluír la mayor cantidad de fuerzas (sociales, políticas, espirituales) posible. Así, conducción no es otra cosa que la relación instrumental que el líder entabla con todos los elementos de la vida política (masa, instituciones, actores sociales, ideología, régimen político). Estos elementos deben estar al servicio del líder para proporcionarle la fuerza política que en ellos anida. El liderazgo, y la obediencia que lo acompaña, es el único hecho político específico y genuino en esta concepción de la política.

El rol del conductor en la vida política no difiere del de un general en el campo de batalla. Todos los elementos que hacen a su fuerza están a sus órdenes en pos de un único fin: imponer la propia voluntad al adversario (devenido enemigo). De ahí la aparente paradoja de que el peronismo haya apelado históricamente a la racionalidad de la organización, a la vez que a la lealtad como vínculo entre masa y líder. La masa es encuadrada bajo rigurosos principios de racionalidad instrumental, orgánica, pero su lazo con el líder no está hecho de esos elementos, sino que se nutre de factores no-rationales, como la lealtad, el sentir la doctrina, incluso el amarla, como sugería Perón.

La doctrina es asunto de sentimientos, no de comprensión, precisamente porque es un instrumento del conductor y no de la masa. La doctrina nunca se institucionaliza, nunca se transforma en elemento objetivo de debate entre las masas ni, mucho menos, entre masa y líder. Es que la doctrina es el cemento que unifica esas masas, y por lo tanto no puede ser objeto de interpretación, pues si tal cosa ocurriera se transformaría en lo contrario, en elemento divisor (vía interpretaciones diversas).

La doctrina es por tanto sobreestimada desde el punto de vista de su función de unificación de la masa, pero a la vez subestimada como elemento de comprensión, de guía para la acción. La aparente contradicción entre politización (centralidad de la doctrina) y despolitización (inconsistencia de esa doctrina), propia del peronismo²¹, muestra su coherencia si se ve la función de la doctrina: la politización se limita a encuadrarse bajo las órdenes del líder, a aceptar ser conducido, no a la relativa autonomía de las masas o los sujetos conquistada mediante un saber acerca de lo real (como en las tradiciones liberal o socialista). El único contenido de la doctrina es el reconocimiento de la centralidad del conductor: en esta vaguedad de contenidos se asienta la capacidad de absorción de todo tipo de elementos ideológicos, clásica del peronismo.

Los principios ideológicos, si así pueden llamarse, son vacíos en cuanto a contenidos, pero llenos en cuanto a función (de unificación). El efecto

²¹ Tal como ha observado Mariano Plotkin, Op.cit., pp. 42-48.

²² *Este es el costado débil de esta concepción fuerte. Es débil, precisamente, porque necesita contar con mucha fuerza para realizarse, pues basta con que un elemento no esté de su lado para que todo el edificio se derrumbe. La conversión del apoyo en adhesión ciega (ciudadano como soldado/creyente: «predicador» de la doctrina, según Perón), resulta una oferta tan roma que recomienda su propio rechazo.*

²³ *Para Perón, la perseverancia en una mala idea da más resultado que la inconstancia en una buena. La clave es cumplir el plan, no si éste es bueno o malo. Además, el desarrollo de los hechos puede al fin negar la idea primera. A menos proyecto (en cuanto a principios), más libertad de acción.*

²⁴ *Esta concepción dura de la realidad implica el dejar de lado la distinción entre lo real y la realidad, pues no cabe una diferencia entre materia prima dada (lo real) y construcción de un objeto siempre provisional de trabajo (realidad). Diferenciar lo real de la realidad supone una autoconsciencia de los límites (ideológicos) de conocimiento, que en esta concepción no figuran: para ella, precisamente, la realidad es una y por lo tanto no puede ser organizada bajo diversas formas; la ideología, en esta visión, entorpece la visión de la realidad, no es un instrumento de conocimiento que ayuda a darle forma.*

de vacío en cuanto a contenidos se produce no mediante su vacío permanente, sino por su constante variación/adaptación (en términos de situación histórica). El lugar de los principios no está vacante, sino siempre lleno por contenidos diferentes entre sí. El único principio permanente es la palabra (variable) del líder. Hay conducción porque no hay otra doctrina que la palabra del líder. Si la doctrina no puede ser objeto de discusión porque virtualmente no existe (al reducirse a consagrar la conducción), la conducción es presentada a su vez como una facultad innata, una cualidad artística y así imposible de transferir. Por su parte, la realidad es imponderable, desentrañable sólo por medio de ese arte intuitivo natural del conductor. La concepción de la doctrina, del arte de conducir y de la realidad, confluyen así en que el conductor sea intocable, inefable: lo único que queda es estar con él (que significa confiar a ciegas en su arte)... o contra él²².

La concepción de la política del peronismo es tacticista. El fin único es el predominio, la posibilidad de tomar decisiones. El líder se asegura su dominio no por el tipo de decisiones que toma, sino por el hecho de tomar decisiones. La decisión, como la doctrina, es vacía en cuanto a contenidos (depende de la situación), pero llena en cuanto a función. La función es el mantenimiento de la posición de predominio, es decir, la posibilidad de decidir qué se hace. La acción predomina sobre la concepción²³. Esta dependencia de la decisión hace que casi todos los movimientos se vuelvan tácticos, pues se trata de asegurar paso a paso el predominio sobre lo inmediato. El objeto de la conducción son los casos concretos que se le van presentando a cada momento. El conductor libra batallas sucesivas y su desconfianza de la realidad (el orden siempre esta potencialmente amenazado) le impide declararse triunfador en la guerra.

El núcleo duro del concepto de política del peronismo es su concepción de la realidad. Para el peronismo, la realidad²⁴ es algo uniforme, homogéneo, no sujeto a interpretación; por el contrario, impone su lógica. La famosa frase peronista según la cual «la única verdad es la realidad» atestigüa esta noción. ¿Cómo se accede a saber el contenido de esa verdad? Por el éxito de la resolución tomada. Si una política es exitosa, es porque ha dado en el blanco de la problemática que enfrentaba, ha dado con la única llave que resolvía el nudo que la realidad planteaba.

Por eso la decisión, es decir, la política a aplicar, no es asunto de la política, de las ideologías, sino de la realidad misma. Es la realidad la que produce/genera su propia solución. La realidad es una, y por tanto su solución es también una. Deliberar o discutir acerca de un haz de soluciones posibles, no es sólo irrelevante, sino absurdo, no pertinente, ineficaz, el modo más seguro de ir al fracaso. La gran facultad de la conducción es

penetrar en la problemática de la realidad, saber ver, saber comprender de qué se trata. Este procedimiento es el específicamente político, y no el subsiguiente, el de postular la solución, pues ésta —una vez que se ha dado bien el primer paso— brota sola de la lógica de la realidad. Es por tanto más un método (de desvelamiento) que una serie de contenidos para el análisis crítico.

Muchos de los caracteres que aquí se han enunciado como propios del peronismo lo son en parte también de otras culturas políticas. La especificidad del peronismo, como la de cualquier cultura política, no es absoluta. Son muchas las matizaciones que cabría hacer, pero hay un rasgo en el cual el peronismo se contrapone con la tradición de la que participan tanto el liberalismo cuanto el socialismo: la concepción de la realidad como lo uno, con su consecuente subordinación de lo ideológico a mero medio de maniobra, la primacía de la acción sobre la proyección racional de la acción y el reconocimiento de la jerarquía (orden y decisión) como único hecho político.

La tradición política heredera de la Ilustración reconoce, en primer lugar, la distinción entre lo real y la realidad, y en segundo término, como derivado del primero, la tensión entre realidad y proyecto. Si en la reflexión weberiana esto aparece como lucha (interna del político profesional) entre ética de las convicciones y ética de la responsabilidad, en la tradición marxista se presenta como problema de maduración objetiva (estructural) y subjetiva (consciencia de clase). No es el apego al principio de realidad lo que coloca al peronismo en una órbita conservadora, sino la disolución del otro polo que lo contrapesa, el del horizonte de transformación. Éste queda liquidado por esa noción de que la solución de los problemas anida en la realidad misma, y que por tanto no cabe deliberar en pos de soluciones desde diversos puntos de vista racionales, interpretativos. No hay discusión de valores (proyectos): el líder fija cuáles deben ser los imperantes.

Que la única relación entre voluntad del sujeto y realidad sea a través de lo intuitivo y no de la racionalidad imaginativa, interpretadora, y que esa relación tenga como único fin la construcción de un orden jerárquico, en el cual el único fenómeno político que quepa sea la obediencia masalíder, consagra la servidumbre de la creatividad transformadora a unos presuntos límites absolutos impuestos por la realidad misma a los actores.

La voluntad hacedora propia del humanismo, en un punto presente en el peronismo, es al instante negada, desde el momento en que se coloca al servicio de un orden jerárquico que consagra la supremacía de la realidad y tiene como condición y objetivo el control del hacer ajeno. Para dominar la situación, hay que someterse por completo a sus dictados²⁵.

²⁵ Por eso es curioso que Perón (y Menem como discípulo) presente la política como un arte, cuando en verdad el sentido que le otorga es más bien el de una técnica, en tanto mero dominio de procedimientos estandarizados, en este caso dirigidos a conseguir el predominio. El arte sugiere la utilización de esa técnica al servicio de la transformación creadora del objeto tratado, posibilidad ésta desechada por Perón para la política en la medida en que se somete por entero a los dictados de la realidad.

La concepción de la política en el peronismo se halla inspirada en la lógica de la guerra²⁶. Política y guerra son considerados parte de una agonística, de una misma cuestión, la de la lucha como actividad distintiva de lo humano, y siempre que hay este tipo de lucha no hay más que dos voluntades contrapuestas y una única solución: o se impone una o se impone la otra. Los signos de esta iluminación de la política por la guerra son: a) la visión de la política como una lucha directa cuerpo a cuerpo entre dos voluntades; b) la decisión inconsulta del conductor como objetivo central de esa lucha; c) la conversión de todos los elementos de la actividad en medios, en maniobra en pos del objetivo estratégico de la decisión: si toda acción es táctica, la tensión entre ética y contenido de la acción desaparece; d) el éxito como única regulación exterior de las maniobras del líder.

Al pensar la política en términos de contienda cuerpo a cuerpo, queda desdibujada la mediación institucional, la de la sociedad civil e, internamente, la de los valores del que actúa como posible límites a su acción. La ley se vuelve potencial estorbo para la maniobra, ya que impone restricciones a la acción²⁷, al igual que la voluntad de la sociedad civil, pues su potencial rol de juez de la acción pública mella la indeterminación de que debe gozar la conducción. De ahí que tal voluntad (sea partidaria u opositora) deba ser conquistada, disciplinada, para ponerla al servicio del líder²⁸. Hay una suerte de antropomorfización del poder vía figura del líder y una desinstitucionalización de la sociedad, en el sentido de ruptura del contrato según el cual hay reglas objetivas que regulan los procedimientos. La ley deviene atributo de la opinión y conveniencia del líder.

La dimensión deliberativa de la política²⁹ no sólo cae debido a la preminencia del líder, sino también por la presencia de un pesimismo antropológico, según el cual hay que generar conductas desde el poder mediante la

²⁶ Perón citará en varias ocasiones la famosa frase de Clausewitz según la cual «la guerra es la continuación de la política por otros medios» (Conducción política, ed. cit., p. 138, y Política y estrategia, ed. cit., p. 111). Sin embargo, al inspirarse en la guerra para concebir la política, parece más bien invertir el sentido de la sentencia, y pensar que la política es un fenómeno militar. Carlos Menem sincera al fin la inversión de esta concepción gracias a su desconocimiento de la

sentencia de Clausewitz, la que cita invertida: «Como decían Clausewitz y Perón, la política es la guerra por otros medios» (Desde el poder. Carlos Menem responde, ed. cit., p. 67). Por otra parte, no hace falta aclarar que, a este respecto, Perón no decía nada, sino que citaba a Clausewitz.

²⁷ Natalio Botana adjudica al menemismo vocación hegemónica, entre otras cosas porque «se vale de las instituciones no como factor limitante de las pasiones, intereses y ambiciones,

sino como instrumento para acrecentar su poder (en este caso mediante la reelección)». «El horizonte del próximo período presidencial», diario La Nación, Buenos Aires, 19.5.95, p. 9. Al caso de la reforma constitucional, podría agregarse el hecho de gobernar abusando del decreto presidencial y el manipular la Corte Suprema para inclinarla a su favor.

²⁸ En Conducción Política, Perón califica la opinión independiente (los que no toman definitivo partido por unos o por otros) como

delito y estupidez. Soportar menos a un independiente que a un opositor es coherente con la lógica de la guerra, pues el independiente es el único que rompe esa confrontación binaria.

²⁹ Véase la tensión entre decisión y deliberación como consecuencia de la lógica del realismo político, en Negretto, Gabriel L.: «El concepto de decisionismo en Carl Schmitt. El poder negativo de la excepción», Revista Sociedad n°4, Buenos Aires, mayo de 1994.

coacción o bien hay que evitar que se produzcan conductas negativas³⁰. Si las virtudes del líder son innatas, las del ciudadano deben ser inducidas. La organización cumple aquí su rol de estímulo y control: hay que forzar las virtudes desde arriba, modelar un «ciudadano» a la medida del líder. Aquí esta concepción reconoce una diferencia entre guerra y política. Si en la primera impera la orden, en la segunda —en la época de masas— se impone la persuasión. Es un rasgo de modernidad de este conservadorismo, pues reemplaza la fuerza por el consenso. Se trata de una diferencia instrumental, de modos eficaces de conseguir lo mismo: la adhesión pasiva de la masa. De ahí que «lo ideológico» en el peronismo esté ocupado por una serie de máximas, de principios de buena conducta, destinados a aprender a moverse en el teatro de operaciones de la política antes que a comprender los fenómenos históricos. Lo prescriptivo suplanta a lo cognitivo³¹.

La caída de toda regulación institucional y societaria abre paso al éxito como único parámetro de la acción política. Pero ¿qué significa una política exitosa? Los éxitos ¿para quiénes son, a qué sectores benefician? ¿Hay éxitos universales en una sociedad de clases? Aquí se ve cómo la inspiración en la guerra reduce la problemática de la política. En ésta, el éxito, en tanto resultado de la lucha, ni es obvio ni es homogéneo, como en aquélla.

Toda acción es maniobra en pos del objetivo estratégico de predominio. Así, lo ideológico deviene un instrumento más³². Del mismo modo que un general elige tal o cual movimiento como táctica, el conductor político elige tal o cual movimiento en el teatro de operaciones de la política con

³⁰ Algunas sentencias de Perón son claras al respecto: «El hombre lo complica todo. La naturaleza es maravillosa, si el hombre no la echa a perder, algunas veces» (Conducción Política, ed. cit., p. 118); «Los hombres son todos buenos, pero si se los vigila son mejores» (Idem, p. 129).

³¹ El apego al pensamiento prescriptivo genera una preocupación antes por la táctica correcta que por la medida buena. Esto hace que el propio conductor se alimente del pensamiento prescriptivo. Si Perón leía tratados militares o gustaba citar al viejo Vizcacha (personificación del viejo astuto

en el Martín Fierro), el autor de cabecera de Carlos Menem es Gibrán Jalil Gibrán, escritor libanés de principios de siglo, a caballo entre la prosa y el aforismo, cuyos textos se vertebrian a partir del diálogo entre un profeta y sus discípulos, en el cual el enseñar las verdades ocultas en los hechos y el consejo sobre el buen obrar lo ocupan todo. (V. El profeta/El loco/El vagabundo. Madrid, Akal, 1993.) Lo doctrinario del pensamiento de Perón se ve también no sólo en el contenido de sus escritos, sino sobre todo en la forma en que son presentados, donde la brevedad (al modo de

sentencias) y la repetición sustituyen a una estructura argumental teórica (V. Conducción política, ed. cit.).

³² Habiendo señalado ya que la política, en esta concepción, es una lucha cuerpo a cuerpo, se puede entender que sus sostenedores crean fehacientemente en que lo ideológico no les es pertinente. En efecto, ¿qué sentido tiene el obrar con una ideología en una lucha, en un juego? En esta actividad sólo cabe lo táctico-estratégico. Lo ideológico es tan pertinente al combate como al arte culinario. En el siguiente pasaje, Perón da cuenta de aquella fe: «Hay un famoso caso de la conducción, que

se le presentó al general Verdy de Vernois (...) El había sido (...) profesor de conducción (...) Llegó al campo de la batalla y dijo: '¿Qué principio aplico aquí? ¿La economía de las fuerzas?', y el enemigo se le venía encima (...) '¿Qué ejemplo de la historia me puede inspirar para la batalla?', y el adversario seguía avanzando (...) Hasta que él se dio cuenta y dijo: 'Al diablo los principios y al diablo los ejemplos; veamos de qué se trata, veamos el caso concreto'. Vio el caso concreto como era, resolvió de acuerdo con su criterio y ganó la batalla». (Conducción política, ed. cit., p. 15).

el único fin de que su voluntad predomine sobre la de su adversario. Una alianza o una política específica no pueden ser evaluadas desde el punto de vista de sus implicancias ideológicas, sino de su acierto a la hora de conducir a la victoria, al predominio. El paradigma militar transfiere un sentido práctico, inmediatesta, no trascendental, a la política, pero a la vez dramático, porque cada gesto se transforma en asunto de victoria o derrota. La única guía de la acción es la realidad, que indica desde sí —si es bien comprendida— el rumbo correcto.

La política, para el peronismo, es una lucha negativa, destructiva antes que creativa: el propio predominio deriva antes de la anulación de la voluntad del otro que de la construcción de un programa equis. Como en la guerra, lo negativo (destrucción del adversario) es *conditio sine qua non* de lo afirmativo (victoria propia), y el objetivo final es vacío en cuanto a contenidos: se trata de alcanzar una posición (de primacía) antes que de realizar una tarea.

El pesimismo antropológico, la preminencia de la jerarquía y la desconfianza por lo ideológico, hacen del peronismo un conservadorismo. Pero no se trata de un conservadorismo que mira al pasado, sino que se afirma en el presente para controlarlo y prever el futuro. En efecto, para él la realidad es uniforme, pero no se repite. No hay un orden-paraiso perdido que recuperar ni principios eternos que mantener. Cada situación es nueva. Ante ella no valen ni los principios ni los ejemplos ni la experiencia: éstos pertenecen al pasado y en tanto hábitos mellan la capacidad de adaptación/percepción. Hay que ser sagaz para con lo nuevo reestructurar un orden. El desapasionamiento, el no estar ligado a ningún elemento, es una virtud central del conductor, pues ninguna acción debe estar vedada a fin de reconstruir el orden.

Lo ideológico en el peronismo se encuentra en su concepción de la política, que está hecha de su concepción de la realidad. Esta visión, al concebir la realidad como lo uno, la reproduce en su sentido profundo. Ahí radica su histórico conservadorismo. Lo que sucede es que este conservadorismo, al ser efecto de una serie de principios vacíos en cuanto a contenido, pero llenos en cuanto a función, resulta ser al fin un conservadorismo del orden, y no un conservadorismo de la tradición, a la manera anglosajona³³. Del mismo modo, así como el hacer política en esta concepción se transforma en un modo constante de reflexionar sobre la lógica de la política (se hace política para aprender su lógica), sin embargo nunca la política aparece como objeto a transformar, como institución social histórica, pasible de modificación. Es que también la política es ya una cosa, algo fijo y definido de una vez y para siempre (en este caso, un modo de la lucha), que por tanto no tiene sentido intentar cambiar. No se puede jugar y a la vez intentar mejorar/modificar las reglas. Sólo cabe aprenderlas (esa lógica de la lucha) para aprovecharlas.

³³ La obsesión por el control de la situación política, por evitar el desorden, pero a la vez la aceptación del nuevo panorama que plantea la presencia de las masas en la vida pública, todo lo cual hace que para conservar las jerarquías haya que darle primacía a la idea de orden pero no fijarla a ningún contenido concreto, salvo la jerarquía en sí, acerca al peronismo a un conservadorismo como el de Gaetano Mosca. El del italiano es un conservadorismo que acepta los cambios de lo real como inevitables y por ello desarrolla una sensibilidad especial: la previsión, el adelantarse a los hechos para poder conservar un orden. Se trata de dirigir lo inevitable, pues si no, se lo sufrirá. Por eso no son buenos los principios ideológicos, y sí en cambio el conocer los medios para acceder al poder y conservarlo.

La pregunta por cómo debería ser el mundo, no tiene sentido alguno en esta concepción, ni siquiera mediada por las posibilidades reales de acometer esa transformación. Y el único contenido que sí se quiere preservar, el poder o jerarquía, no es presentado como un programa, sino como una realidad natural. Lo histórico son las formas de ese poder, pero la historia no puede borrar la jerarquía, el poder en cuanto tal.

Esto ha permitido al peronismo caracterizarse históricamente por encarar grandes transformaciones, todas ellas pensadas como reconstrucción de un orden amenazado vitalmente en la víspera. De ahí el énfasis en la hora grave como momento de aparición. Lo novedoso de este conservadorismo es que la reconstrucción del orden se basa en la creación de un orden nuevo. La novedad es el precio de la adaptación que el orden tributa a la nueva situación histórica.

La relación líder-masa, con todo lo que ella supone, es lo único que informa ese orden. No importa qué vínculo doctrinario ligue a la masa con el líder, pues como se vio tal vínculo es al fin vacío, pues se asimila a la cambiante palabra del conductor. A este orden le interesa menos la doctrina que el que la doctrina sea elemento de unión de la masa entre sí y con el líder. El contenido del orden es la jerarquía, que es al fin el verdadero nombre de la conducción. Es un orden que forma un tipo de ciudadano basado en el principio de obediencia al líder. En fin, un ciudadano que respeta y consiente el orden en el que está inmerso, más allá de cuál sea el contenido de éste. De ahí que al peronismo le interese la formación de la subjetividad, el alma individual, antes que su comprensión. La mística, antes que la crítica. La heteronomía, antes que la autonomía. En este sentido se mantiene inscripto en el moralismo clásico de los populismos³⁴, en tanto inculcan el respeto a un tipo de vida signado por el respeto a las jerarquías. El control del ciudadano, logrado a través de la aceptación de éste de que él mismo debe empezar por auto-conducirse, es el fin de este tipo de conservadorismo. El orden empieza a fortalecerse en la subjetividad de cada ciudadano. El moralismo no sólo es coherente sino también complementario respecto de la escisión completa entre ética y política que supone la conducción, pues ambas están al servicio del tener las manos libres del líder: la primera, al conseguir la obediencia de las masas, y la segunda, al liberar al líder de todo reparo a la hora de actuar.

«La felicidad del pueblo y la grandeza de la Nación», único principio mantenido históricamente por el peronismo, sintetiza su vacío en cuanto a ideología y a la vez su moralismo: la felicidad puede significar muchas cosas, puede ser rellena con muchas políticas, y a la vez en ningún caso constituye un objeto de la política como actividad, pues ésta no se dirige a establecer un modo subjetivo de vida, sino un sistema de relaciones entre

³⁴ «El populismo es moralista en lugar de programático [...] la lógica y la efectividad son estimuladas menos que una actitud correcta y una combinación espiritual». Willis, Peter, en *Populism, its meanings and national characteristics*, G. Ionescu y E. Gellner (comps.), Londres, 1970, citado por Ludovico Incisa en «Populismo», *Diccionario de Política*, ed. cit., pp. 1280-1288.

instituciones. Su objeto son los valores como la libertad, la solidaridad, la igualdad o incluso los privilegios de clase, pero cualquiera de éstos representa siempre modos sociales de organización, no individuales de existencia. El estado de ánimo no es asunto político.

V

¿Peronismo y menemismo constituyen dos movimientos políticos diferentes que en todo caso comparten una misma cultura política o son parte de una continuidad histórica?

Aquí es bueno recordar los dos tipos de identidad que hemos diferenciado en el comienzo. Una es la referida a lo que un movimiento político supone como proceso histórico cuando ejecuta políticas desde el Estado; es decir, el carácter de clase de su gestión, qué sectores la apoyan, quiénes se benefician de ella y quiénes no. Otra es la identidad de una formación política en cuanto tal; es decir, qué ideología la anima, qué valores, qué forma de hacer política, qué base social suele reunir, el carácter de su dirección, qué fines/programa enarbola. La primera identidad supone responder a ¿qué significó social e históricamente equis gestión? La segunda identidad supone responder a ¿qué caracteres posee tal formación política?

Puesto que el peronismo se caracteriza como formación política por concentrar su identidad en el modo de concebir y hacer la política antes que en una ideología³⁵, no puede decirse que el menemismo, por el hecho de enarbolar unos principios de acción notoriamente distintos de los del peronismo clásico, sea en efecto diferente de éste. Más bien al contrario, el cambio de principios y su modo de ejercer el poder político atestiguan su capacidad de subordinar lo ideológico a una forma de hacer política, rasgo central del peronismo clásico, siempre en cuanto formación política.

Pero la continuidad histórica entre menemismo y peronismo como formaciones políticas, no autoriza a trasladar mecánicamente esa identidad al plano de lo que ambos significaron como procesos histórico-políticos. La permanencia de un modo de hacer y concebir la política impacta de modo diferente en la identidad como formación y en la identidad como proceso histórico o régimen. En efecto, en este último nivel hay que introducir una serie de elementos (carácter de clase, coaliciones de apoyo, régimen político) cuya variación introduce diferencias cualitativas. Como proceso histórico o régimen, peronismo y menemismo no son asimilables, excepto en que comparten un modo de hacer política. En el nivel de análisis del peronismo como proceso o régimen, la coincidencia en el modo de

³⁵ Cuando me hallaba redactando este artículo, un amigo de Buenos Aires tuvo la gentileza de enviarme un material que, sabiendo él la línea en la que yo estaba tratando de avanzar, supuso me serviría. Se trataba del reportaje hecho por Roy Hora y Javier Trimboli a Juan Carlos Torre (Pensar la Argentina. Los historiadores hablan de historia y política, *El Cielo por Asalto/Imago Mundi*, Buenos Aires, 1994; pp. 197-220). En efecto, la reflexión de Torre tuvo el doble efecto de confirmación y descubrimiento: «Si no son sus políticas, que son muchas y variadas, si no es enteramente la composición social, porque muestra fluctuaciones nada despreciables, ¿qué es entonces, el peronismo? Se podría responder a la pregunta diciendo que el peronismo es una manera de hacer política, que es característica-mente peronista» (p.218).

hacer política no basta para afirmar una continuidad, como sí en el plano analítico del peronismo como formación política, pues lo que se evalúa no es la lógica *interna* del movimiento, sino su impacto histórico (*externo*) en la sociedad. Es un análisis hecho con parámetros externos a la formación en cuestión, universales en tanto utilizables para cualquier experiencia de gobierno. Y aunque la continuidad en la forma de hacer política, en el plano analítico del peronismo y del menemismo como procesos históricos, no alcance para afirmar una identidad completa entre ambos, nos interesa destacarla, pues cierta tendencia reduccionista economicista tiende a imperar cuando se estudian las formaciones políticas en su rol de procesos históricos, lo cual hace que los elementos específicamente políticos queden de costado. La centralidad de lo económico-social en este nivel de análisis no debe tornarse excluyente, y menos de lo político.

El de proceso histórico y el de movimiento político son dos niveles que se interpenetran (un tipo de gobierno influye en el carácter de una formación política, y viceversa), pero, no obstante, requieren análisis específicos. No pueden deducirse juicios de uno al otro, como ocurre con quienes reducen el peronismo como formación a su época clásica como régimen. Cierto es que el peronismo como fenómeno histórico induce a esa superposición (y en buena medida, también el menemismo), dado que antes de su primer gobierno no existía y por tanto carece de tradición política con la que contrastarlo, lo cual hace que su identidad como formación quede absorbida por su identidad como proceso. En efecto, el peronismo se modela como formación a medida que se modela como régimen.

La particularidad del peronismo³⁶, la de ser un conservadorismo del orden, la de subordinar lo ideológico programático a la consecución del predominio del conductor, abre en sí misma la posibilidad de que los gobiernos peronistas impliquen una continuidad desde el punto de vista de la formación política y por eso mismo, simultáneamente, una diferencia en cuanto a sus significados como proceso o régimen (salvo en el modo de hacer política).

³⁶ El peronismo pretendió ser un pensamiento original, no vinculable a las ideologías clásicas. Sin embargo, como ya se ha anotado, su conservadorismo tiene rasgos del de Gaetano Mosca. Con el riesgo de formular una enumeración sumaria, se pueden citar otros elementos ideológicos que pueblan el peronismo y que provienen del pensamiento europeo: del conservadorismo, la indefinición o desapego a la sistematización ideológica, el poder político como vertebrador de una sociedad que sin él caería en el caos y las masas como pesadilla; de la teoría de las élites, la reducción del poder político a la toma de decisiones, la división entre gobernantes y gobernados como ley de todo conjunto político, la supremacía de los dirigentes sobre los dirigidos por el factor organizativo (minoría organizada) y la antítesis constitutiva entre élite-masa, reconvertida por el peronismo en líder-masa; y del decisionismo schmittiano, la división amigo-enemigo como lo consustancial a la política y la lucha como combate agonista (mi vida es tu muerte).

Javier Franzé